

MAURRAS, MARITAIN, MOUNIER ...

A PROPOSITO DE DOS LIBROS (*)

POR

FRANCISCO JOSÉ FDEZ. DE LA CIGOÑA.

I. CHARLES MAURRAS.

Cuando en el último año del siglo XIX surgió L'Action Française nada parecía augurarle futuro ni influencia. Y, sin embargo, fue un acontecimiento capital para la historia intelectual de Francia y del mundo.

Eran los días álgidos del "Affaire Dreyfus". En él se debatía no la carrera militar de un oscuro oficial francés, judío e inocente, sino algo mucho más serio como era el ser mismo de Francia. La "fille ainée de l'Eglise", "le plus beau royaume après le royaume de Dieu" acababa un siglo convulso y sangriento: la Revolución de 1789, el Terror, el Imperio y las guerras napoleónicas, la Restauración borbónica, la Monarquía burguesa de Luis Felipe, la República, el Imperio de Napoleón III, la derrota de Sedan y la invasión alemana, la pérdida de Alsacia y Lorena, la Commune, eran demasiados acontecimientos para ser digeridos en menos de cien años de historia. Y la República que advino a la caída del tercer Napoleón era tan poco republicana que se la llamó la República de los Duques y en ella los monárquicos tenían la mayoría absoluta en las Cámaras. Una falta de entendimiento a última hora impidió la restauración en el Conde de Chambord de la Monarquía francesa. Las fuerzas de la otra Francia necesitaban una bandera y la encontraron en Dreyfus.

Nada más inexacto que plantear el Affaire Dreyfus como la ba-

(*) Albert Marty: *L'Action Française racontée par elle-même*, Nouvelles Ed. Latines, París, 1968, y Gustavo Corção: *O seculo do nada*, Dist. Record, Río de Janeiro-Sao Paulo, 2.ª ed.

talla entre quienes querían hacer triunfar la Justicia aunque con ello se resintiese el Ejército y los que querían salvar el Ejército aun a costa de cometer una injusticia. Resultó, al fin, que Dreyfus era inocente. Pero quienes le combatían estaban tan seguros de su culpabilidad como sus defensores de su inocencia. Y las apariencias ciertamente no estaban a favor de Dreyfus. Si a eso se añade que a su lado se alineaban los ateos, los enemigos de Dios y de la Iglesia, los antimilitaristas y, al menos para el francés medio tradicional, los antipatriotas, los hijos, en fin, de la Revolución de 1789, se comprende demasiado fácilmente que la Francia católica y monárquica, que por aquel entonces eran uno y lo mismo, cerrase sus filas en un frente anti Dreyfus.

Yves Simon, en "La grande crise de la Republique Française", describe aquellos sucesos con esa óptica progresista que ve siempre en los que profesan la misma fe a los autores de todos los males y en los enemigos de la Iglesia a la encarnación del bien: "El "Affaire Dreyfus" fue también una crisis religiosa, porque la casi totalidad de los católicos, ciegos (¿cómo no?) por las pasiones de los grupos a los que habían insensatamente ligado su suerte, se pronunciaron por la culpabilidad del capitán Dreyfus... La causa de Dreyfus era defendida por el partido republicano, por la masonería, por los socialistas (¿hubiera sido lo sensato ligar su suerte a éstos?): luego era precisa la culpabilidad de Dreyfus. Entre sus partidarios había gran número de enemigos de la Iglesia, del Ejército, del orden político: era preciso que Dreyfus fuese culpado. Poco importaba la realidad de los hechos... con pocas excepciones los católicos franceses se comprometieron a fondo en la campaña anti Dreyfus en contra de la justicia".

No fue así. Se comprometieron por la justicia y por sus ideales. Porque estaban convencidos de que Dreyfus era un traidor. Y les confirmaba en sus creencias el hecho de que todo lo que veían era contrario a la Francia que amaban apoyaba al capitán judío. Que había sido condenado como traidor por un Tribunal militar, degradado y desterrado. Los que no estaban en el interior del "affaire", que eran la casi totalidad de los católicos franceses, creían de buena fe en lo que toda persona normal tenía que dar por evidente.

En esos días agitados se constituyó la *Patrie Française* que pretendía agrupar a las fuerzas dispersas y desgastadas por el caso Dreyfus. En ese movimiento militaban, entre otros, Jules Lemaître, Maurice Barrés, Henry Vaugois, Gabriel Syveton, Paul Bourget, el duque de Broglie, Albert de Mun, Alberto Sorel, Frederic Mistral...

A los pocos meses, la parte más activa, aunque no los nombres más brillantes, de esa asociación nacida con tan buenas intenciones como poca actividad se disgregó para formar *L'Action Française*. Allí estaban Henri Vaugois como director, Maurice Pujo y el joven Charles Maurras. Su ideología era nacionalista, tras el "Sedan moral" que amenazaba a Francia. Henri Vaugois y Charles Maurras no eran católicos. Vaugois, Leon de Montesquieu y Lucien Moreau no eran monárquicos. Aquí comienza la gran aventura de la *Acción Francesa*. Con una conferencia y un boletín bimensual.

Hacer la historia de la *Acción Francesa* llevaría centenares de páginas. No es, pues, momento ni lugar de ello. Pero sí conviene señalar que ya en 1905 Jaurès publicaba en *L'Humanité* un violento artículo contra el "Comité nacionalista, reaccionario, monárquico y clerical" que constituía la *Acción Francesa*. La defensa de la Iglesia había sido asumida del modo más inteligente y decidido por aquel grupo que tenía ya en Maurras su cabeza dirigente. Eran los días de la persecución religiosa y Maurras seguía en el agnosticismo. Pese a ello su nombre merece figurar al lado de los beneméritos católicos que más se caracterizaron en la lucha contra la Revolución.

Ya en el conflicto de los inventarios de bienes de la Iglesia tomó la *Acción Francesa* una decidida postura de apoyo a los católicos que se resistían a la acción gubernamental. La política del *Ralliement de León XIII* había dado un resultado totalmente contrario a los propósitos, tan bien intencionados como utópicos, del Pontífice. La oposición de la República a los católicos era más por católicos que por monárquicos. Por ello cuando acararon, los que lo hicieron, la República subsistió la misma oposición. Sólo que como fuerza política se habían debilitado. La persecución llegó a extremos tales que los oficiales que iban a misa eran postergados en sus ascensos mientras que los afiliados a las logias prosperaban en su carrera. Cuando el gobierno decidió entrar por la fuerza en los templos para inventa-

riar sus bienes allí se encerraron los miembros de la Acción Francesa codo a codo con el pueblo católico —católicos eran en su gran mayoría los hombres de Maurras— para impedir la arbitraria acción. Y con ellos estaba, naturalmente, Charles Maurras. La valiente actitud de los católicos impidió al Gobierno llevar adelante sus planes. Y la colaboración en el triunfo de la causa católica de la Acción Francesa hizo que afluyeran a ella adhesiones de todos aquellos que habían sido ejemplo de valor en defensa de la Iglesia.

Después vino la explosión de los *camelots du roi*. Esos jóvenes, cada día más numerosos, que se descubrían monárquicos y católicos y que se adueñaron de las calles de París. Uno de sus primeros actos fue un homenaje a Juana de Arco saltando para ello cuantas barreras intentó oponerles la policía. Y toda Francia vio que el catolicismo, hasta entonces perseguido, pasaba a la ofensiva reivindicando en el presente de la patria el puesto que por historia le correspondía.

Llegada la guerra del 14 fue la Acción Francesa la más decidida defensora de la Iglesia y del Sumo Pontífice. En su periódico publicaban escritos obispos y sacerdotes. Y en él aparecía, en febrero de 1915, la defensa de Benedicto XV, atacado por toda la izquierda francesa, firmada por Charles Maurras. De él son estas palabras: "el catolicismo es la única institución orgánica y viva de espíritu universal. Debilitarlo hoy es debilitar el último signo terrestre de la unidad del género humano".

Entre tanto se había fundado el Instituto de Acción Francesa inaugurado por el Cardenal de Cabrières y el P. de Pascal. Dentro de ella alcanzaron la fe Henri Vaugeois, biznieto de un convencional régicida, Lucien Moreau, nieto de Pierre Larousse, que no había sido bautizado, Leon de Montesquieu, Jules Lemaître, Maurice Pujo, Charles Maurras, Joseph Lotte, Henri Gheón, Henriette Charasson... Y a ella llevaba el P. Clérissac, para confirmarlos en la fe, a nuevos conversos como Psichari y Maritain.

Sólo por estas conversiones, que elevaron el prestigio del cristianismo a cotas insospechadas, merecería la Acción Francesa el agradecimiento de la Iglesia. Porque, como nos recuerda Henri Massis en su gran obra "Maurras et notre temps", hacia 1890 un inspector general de la Universidad terminaba su informe al Ministro de Ins-

trucción Pública con estas palabras: "Pronto vendrá el día en el que el mapa de la Francia católica coincidirá exactamente en el de la Francia iletrada".

El que no hubiese sido así se debió, en gran parte, a aquel movimiento cuyos fundadores eran, cuando comenzaron, casi todos incrédulos. Y terminaron, antes o después, todos ellos en el seno de la Iglesia católica.

Alrededor de Maurras se agruparon muchas de las primeras figuras del pensamiento francés. Una relación no exhaustiva dará idea de la importancia de aquel movimiento. De la Academia francesa eran, o lo fueron después, entre otros, Maurras, Henri Massis, Jacques Bainville, Paul Bourget, Jules Lemaître, Pierre Gaxotte, Pierre Benoit, Henry Bordeaux, Louis Madelin, Thierry Maulnier. Y a ellos hay que unir los nombres de Barrés, Bernanos, Brasillach, Psichari, Montesquieu, Daudet, Vallat, Salleron, Maritain, Charles Benoist, Pierre Hericourt, Lucien Rebatet, el P. Clérissac, los cardenales Billot, de Cabrières, Charost, etc.

La Acción Francesa había impuesto el pensamiento católico y monárquico en Francia. Profesarse lo uno o lo otro, o ambas cosas a la vez, había dejado ya de ser una actitud vergonzante para convertirse en título de prestigio. ¿Cuáles hubieran sido las consecuencias últimas de todo ello? No las hemos podido conocer. El año 1926 una oscura condena vaticana acabó con lo que prometía ser la restauración de la Francia católica y tradicional. Los católicos liberales consiguieron arrancar de Pío XI lo que no habían logrado de San Pío X y de Benedicto XV. Maurras había pasado de ser "un hermoso defensor de la fe", en palabras del Papa Santo, a un condenado por Roma ¿Por qué?

Un capítulo del libro de Gustavo Corção, *O Seculo do nada*, titula la condena "un tenebroso affaire". Y comienza con estas palabras: "La novela de Balzac, que lleva ese título amedrantador, es un entretenido cuento de hadas comparado con la trama de intrigas, la combinación de bajezas y miserias que produjo inesperadamente, como un rayo en un cielo tranquilo y azul, la tan comentada condena de la Acción Francesa". Y no exagera el escritor brasileño.

Las dos terceras partes de la Comisión de los cardenales y arzobis-

pos franceses simpatizaba, algunos entusiásticamente, con Maurras. Según Adrián Dansette, escritor progresista francés y por tanto contrario a la Acción Francesa, una cuarta parte de los seminaristas del Seminario francés de Roma estaban adheridos al movimiento y en Francia la proporción se elevaría posiblemente a una tercera parte de los seminaristas. Las vocaciones sacerdotales y religiosas salidas de los miembros de la Acción Francesa eran muy numerosas. La mejor juventud católica, la más preparada intelectualmente y la que ejercía mayor actividad, se alineaba tras Maurras. Albert Marty pudo responder a un velado ataque de Georges Bidault, entonces Vicepresidente de la Acción Católica de la Juventud Francesa (A. C. J. F.) con estas palabras precisas:

“No habéis nombrado a la Acción Francesa, pero la habéis señalado claramente. Todo el mundo comprendió que se trataba de ella. Afirmais que sus miembros se desinteresan de todo lo que no es política. Pero, ¿qué vemos en todos los terrenos?, ¿quién está a la cabeza de todo? En Ciencias Sociales: La Tour du Pin, de la Acción Francesa; en Filosofía: Jacques Maritain, de la Acción Francesa; en crítica literaria: Henry Massis, de la Acción Francesa; en hagiografía, el autor de San Agustín y Santa Teresa: Louis Bertrand, de la Acción Francesa; en pintura religiosa: Georges Desvallières y Maurice Denis, de la Acción Francesa. ¿Quién es el renovador del teatro religioso? Henri Gheón, de la Acción Francesa. Entre los novelistas católicos acaba de aparecer una nueva estrella; el autor de “Sous le soleil de Satan”, Georges Bernanos, también de la Acción Francesa...”

Del prestigio de Maurras puede dar idea la encuesta promovida por la Association Catholique de la Jeunesse Belge (ACJB) que propuso a sus afiliados esta pregunta: “De los escritores de los últimos veinticinco años, ¿a cuál considerais vuestro maestro? Hubo 443 respuestas. Maurras tuvo 174 a su favor. Le seguía Paul Bourget con 81 y también era de la Acción Francesa. Después Maurice Barrés y Henry Bordeaux, los dos íntimamente vinculados a Maurras y a su movimiento, Pierre Loti, el cardenal Mercier ...

Estos resultados que produjeron gran satisfacción al abbé Leclercq, director de Cahiers de la Jeunesse catholique (órgano de la ACJB) y al Abbé Van den Hout, del XX Siécle, indignaron a un

periodista belga llamado Passelecq que escribió un artículo contra Maurras lleno de calumnias. Los modernistas, los antiguos amigos de Le Sillon, todo el catolicismo liberal que había perdido por completo a la juventud entusiasmada con las ideas de Maurras, comprendieron que su única posibilidad de supervivencia era acabar con L'Action Française y no ahorraron en Romá presiones e intrigas.

Se pensó que el mejor modo de comenzar la ofensiva era conseguir de un cardenal francés la publicación de una pastoral condenando la Acción Francesa. Todos se fueron excusando hasta que se consiguió del Cardenal Andrieu, arzobispo de Burdeos, anciano y enfermo, que años antes había hecho de Maurras los más encendidos elogios. Poco, pues, podía decir en contra de la Acción Francesa el anciano cardenal y se vio obligado a copiar, pura y simplemente, el calumnioso panfleto del periodista belga Passelecq. La carta del cardenal Andrieu está fechada en agosto de 1926. De ella dice Adrien Dansette, enemigo declarado de L'Action Française: "En realidad, el cardenal Andrieu atribuye a todos los dirigentes de L'Action Française las ideas de algunos de ellos y especialmente de Charles Maurras, del cual hace una exposición sin matices y atribuyéndole intenciones que no había formulado nunca (el restablecimiento de la esclavitud o propósitos nunca mantenidos: "prohibición a Dios de entrar en nuestros laboratorios". (Obsérvese aquí un error de Dansette, pues lo que había dicho falsamente el cardenal Andrieu que sostenía Maurras era la prohibición de entrar en los observatorios). Cuando se piensa en el implacable dialéctico que es el jefe de L'Action Française, si no se supiese que el cardenal Andrieu era un viejo enfermo, no se podría comprender la ligereza con la que ha sido redactada su requisitoria". Pero como dice Albert Marty el golpe no viene de Burdeos sino de Roma, que utilizaba al cardenal Andrieu. Y así, el 5 de septiembre de 1926, Pío XI dirige una carta de aprobación al cardenal. El 29 de diciembre el Santo Oficio condenaba algunas obras de Maurras y el periódico L'Action Française. Por último el 8 de marzo de 1927 la Sagrada Penitenciaría excluía de los sacramentos a los lectores habituales de L'Action Française y a los adheridos a ella. Se había consumado una de las mayores injusticias cometidas en el seno de la Iglesia católica.

A partir de ese momento se vio a los católicos más fieles perseguidos como alimañas por hombres de la Iglesia. Dejemos que sea Daniel-Rops, enemigo también de L'Action Française, quien nos lo relata en las páginas de "Un combat pour Dieu": "Se vio a católicos ejemplares llevados civilmente al cementerio porque continuaban afiliados a la Acción Francesa, sacerdotes censurados porque llevaban los últimos sacramentos a sus padres condenados, matrimonios y bautismos clandestinos celebrados como en pleno Terror revolucionario... Hay que añadir que algunos ordinarios llevaron la represión con una energía tanto mayor cuanto menos se habían apresurado a entrar en liza; su severidad extrañó incluso a los medios romanos que encontraban natural que el rey de Italia, excomulgado, cumpliera con Pascua y tuviese su capellán".

Todo el dolor de aquellos católicos, cuya reconciliación con la Iglesia era prácticamente imposible, pues se les exigía una retractación de algo que nunca habían profesado, viene expresado en la oración de Albert Pestour a Santa Juana de Arco para que introduzca en el paraíso a las almas de los excomulgados de la Acción Francesa:

"Toi qui bus l'horreur suprême,
plus affreuse que la mort,
de perir par ceux-là mêmes
que tu vénérâs si fort;
toi qu'ils disaient anathème
quand ton âme avait encore
la blancheur de son baptême,
ouvre leur les portes d'or ...".

Pío XI había sido engañado. Le habían convencido de que la Acción Francesa era un peligro para las organizaciones católicas francesas, sobre todo para las juveniles. Que estaba dirigida por ateos que se servían de la Iglesia para sus fines políticos, pero sin la menor intención de servirla. Y algunas réplicas violentas a la inesperada condena reafirmaron al Papa en sus ideas. Pero pronto comenzó a dudar de lo acertado de su posición. Y ya en 1929 pedía a las car-

melitas de Lisieux oraciones para que se arreglase el problema de la Acción Francesa.

A partir de este momento actuó la gracia y no la naturaleza. Porque la naturaleza no explica los hechos ocurridos. El Carmelo de Lisieux recibe la petición del Papa y se vuelca en la oración. Una de las monjas, le ofrece a Dios su vida para la mejor resolución del "affaire" y muere al poco tiempo. La superiora pone el hecho en conocimiento de Maurras que se emociona profundamente. A petición de las Carmelitas Maurras escribe al Papa. Y estando encarcelado en la Santé recibe una carta del Pontífice que le había condenado, y cuya condena aún estaba vigente. No es lugar de reproducir las cartas en las que el aún no católico Maurras se dirige al Sumo Pontífice y en las que éste bendice al preso en la Santé. Si Pío XI las hubiese dirigido al más fiel de sus hijos y Maurras al heredero del Trono de Francia, no hubieran sido más afectuosas las del uno y más reverentes las del otro. Una vez en libertad, Maurras acude en peregrinación a Lisieux el 13 de julio de 1937. Ese mismo día, en 1935, había muerto en el Carmelo la monja que se había ofrecido como víctima propiciatoria. Maurras vuelve al año siguiente, y al siguiente... Desde allí se cruzan telegramas con Roma. "El peregrino de Lisieux, que Vuestra Santidad conoce, agradece la especial bendición que le ha sido fielmente transmitida y, arrodillado ante la urna de Santa Teresa, se atreve a dirigiros un profundo homenaje de respeto y confianza". De Roma viene el 15 de julio la contestación: "Su Santidad recibe con vivo agrado el homenaje del peregrino y le envía su bendición paternal. Cardenal Pacelli, Secretario de Estado".

Al año siguiente se repiten peregrinaciones y telegramas. Era ya entonces Papa Pío XII. "Los dos peregrinos del 13 de julio que Vuestra Santidad conoce, arrodillados ante los restos de Santa Teresa, envían respetuoso homenaje de veneración y de humilde esperanza". Y el mismo día contestaba el nuevo Papa. El 16 de julio de ese mismo año publicaba L'Osservatore Romano el decreto del Santo Oficio levantando la excomunión. Llevaba fecha del día 10 del mismo mes. La Acción Francesa volvía al seno de la Iglesia. Pero si la injusticia se había reparado, el daño causado era de más difícil solución. Había quienes se habían separado ya definitivamente. Y la

invasión alemana iba a impedir la reorganización de lo que hubiera podido ser la restauración de la Francia católica.

El magnífico libro de Albert Marty, "L'Action Française racontée par elle-même", que fundamentalmente hemos seguido para redactar estas líneas, describe con todo lujo de detalles la historia del movimiento, tanto en estos sucesos como en otros de menor interés. Y se refiere a la oposición, al alzamiento de la condena por parte de diversos sectores relatando hechos bien significativos. Del odio a Maurras y a lo que significó su obra podemos añadir una anécdota española, fácilmente comprobable, pues figura en letras de imprenta. Una conocida editorial católica publicó hace algunos años una serie de documentos pontificios agrupados bajo la rúbrica de "Textos políticos". Entre ellos se recoge, incomprensiblemente, pues no es documento papal, la Carta-panfleto del Cardenal Andrieu. Lo que sólo tendría una justificación, la de dar a conocer lo más ampliamente posible el affaire de la Acción Francesa. Pero esa interpretación no puede sostenerse, pues el libro calla escrupulosamente que en 1939 se levantó la condena que recaía sobre el movimiento francés. Los lectores de esa editorial, por otros conceptos muy meritoria, como no conozcan la historia, seguirán pensando que la Acción Francesa era una peligrosísima organización anticatólica que el Santo Padre condenó en 1926 y que aún hoy permanece condenada. Creemos que el hecho no precisa más comentario.

Al fin de sus años, ese viejo soldado que había combatido siempre por Francia, por Dios y por la Iglesia, en medio de la persecución y la ingratitud, recobra la fe de la niñez. Y en la cárcel, condenado a cadena perpetua por traición, cuando había sido desde su juventud el primer patriota de Francia, escribe estos versos que son su última y más sincera declaración de principios. Esa última verdad que siempre había buscado le inundaba ya plenamente.

Seigneur, endormez-moi dans votre paix certaine
entre les bras de l'Espérance et de l'Amour.

Ce vieux coeur de soldat n'a point connu la haine
et pour vos seuls vrais biens a battu sans retour.

Le combat qu'il soutint fut pour une Patrie,
pour un Roi, les plus beaux qu'on ait vus sous le ciel,
la France des Bourbons, des Mesdames Marie,
Jeanne d'Arc et Thérèse, et Monsieur Saint-Michel.

Y ese combate, sus esperanzas y su fracaso, tuvo trascendencia universal.

II. JACQUES MARITAIN.

Gustavo Corção, brasileño y también converso, así lo reconoce en su reciente libro *O seculo do nada*. Señala en sus páginas llenas de interés, cuatro hechos decisivos que configuran gran parte de las actitudes mentales del siglo xx. Y son el affaire Dreyfus, la crisis modernista en la Iglesia, la creación por Marc Sangnier de Le Sillon y la Encuesta sobre la monarquía de Charles Maurras con su continuación en la Acción Francesa.

Corção, cuando se convirtió, encontró en Maritain filósofo lo que su mente había estado buscando sin éxito en las más diversas fuentes. La filosofía perenne, presentada con un lenguaje moderno y actual le llenó plenamente. Y aceptó a Maritain en su totalidad. Hasta que la evidencia misma le hizo reconsiderar al maestro y sacar sus propias conclusiones. Que en los años 1970 son para Corção una adhesión total al filósofo tomista y la constatación de que sus ideas político-sociales, que intenta justificar en cierto modo incluso en "Le paysan de la Garonne", son radicalmente corruptores.

Llegados a este punto podemos plantearnos la pregunta de cuántos Maritain hubo. Y afirmar rotundamente que tres: el Maritain de antes de su conversión que es el menos interesante; el Maritain de la Acción Francesa, de "Antimoderne" y "Trois Réformateurs"; y el Maritain que surgió a partir de la condena de Maurras por Pío XI. No existe un cuarto Maritain que podríamos llamar el de "Le paysan de la Garonne". Lo que ocurre es que el filósofo francés, desde su conversión, conservó siempre la fe y ante la crisis del post-concilio reacciona en defensa de esa fe que nunca había perdido.

Pero su pensamiento político-social es fundamentalmente el mis-

mo que cuando, pese a las declaraciones expresas de Pío XI, de los obispos españoles en su carta colectiva de 1937 y de todos los obispos del mundo, sus simpatías estaban con la República que en España asesinó a ocho mil obispos, sacerdotes y monjas. Tal vez con algunas atenuaciones, pero que no suponen ningún cambio de frente. Por eso el comunismo es el gran ausente del libro de Maritain.

Gustavo Corção sigue la evolución del catolicismo progresista francés, que vale tanto como decir del catolicismo progresista universal, desde comienzos de siglo hasta los prolegómenos del segundo Concilio Vaticano. Su libro es extenso y apasionante y complementa magníficamente el de Albert Marty sobre la Acción Francesa. El discípulo de Maritain, que en ocasiones llega a ser extremadamente crítico, se sirve del maestro como de hilo conductor para seguir esos casi sesenta años de agitada historia intelectual. No vamos a detenernos en las interesantes referencias que hace de la Acción Francesa, pues ya la hemos considerado extensamente. Pero sí conviene señalar cómo Maurras sigue siendo cita obligada en numerosos trabajos que ven la luz en los últimos años. Treinta son las páginas que Corção le dedica expresamente y en muchas otras es protagonista principal.

Corção analiza lúcidamente los contactos de Maritain con Maurras. Maritain llega a la Acción Francesa llevado por el P. Clérissac admirador ferviente del escritor monárquico. Según Raissa Maritain, en "Grandes Amistades", los deseos del P. Clérissac eran para ellos de tal fuerza que no se detenían ni a considerar sus posibles contras. Añade Raissa que por aquel entonces a Maritain sólo le interesaba la metafísica y la teología, sintiendo profunda aversión por todo lo que significase política. Y concluye diciendo que si no hubiese sido por el P. Clérissac, que les impulsó, lo mismo que a Henri Massis, a adherirse a Maurras, nunca lo hubieran hecho.

Es completamente distinto el testimonio de Massis que en "Maurras y nuestro tiempo" nos dice: "No puedo olvidar el calor con que Maritain unía su voz a la del P. Clérissac para convencernos a Psichari a mi de que nos uniésemos a la Acción Francesa". Y añade: "Conocí a Maritain en 1912; era entonces monárquico y me censuraba por no serlo yo también".

Raissa Maritain continúa en "Grandes Amistades" los ataques a

la Acción Francesa. La vinculación del matrimonio a Maurras fue "un esfuerzo de docilidad intempestiva" a los ruegos del P. Clérissac. "No nos tomamos el trabajo ni siquiera de leer los libros de Maurras hasta el día en que nuestra atención fue violentamente sacudida por la condena de Pío XI en 1926". Y Raissa transcribe las opiniones de su marido: "El ateísmo profundo de Maurras, el culto a la violencia y ... los procesos polémicos cada día más odiosos ... yo cerraba los ojos con la esperanza ingenua de la próxima conversión de Maurras."

"Me acusaré siempre, como de una imperdonable debilidad, de haber dado crédito durante algún tiempo a un movimiento cuyos sofismas tienen su base en el desprecio del Evangelio".

Corção puntualiza: "¿Durante algún tiempo? ¡Quince años! ¡El mayor filósofo del siglo tardó quince años en descubrir (y al cabo de esos años precisó todavía de todo el majestuoso aparato del Magisterio Extraordinario) que vivía con unas gentes en las que las ideas y los programas se basaban en el desprecio al Evangelio!".

Yves Simon, discípulo de Maritain, intenta disculpar la afiliación del maestro en "La gran crise de la République Française", con estas palabras que transcribo, como las anteriores, del libro de Corção: "El enorme éxito (de la A. F.) era constantemente alimentado por los escritores que componían el diario L'Action Française. El amante de la literatura, si no era muy delicado en materia de verdad y de justicia, tenía garantizada una hora feliz todas las mañanas desde que se suscribiese a L'Action Française. Se encontraba con el artículo diario de Leon Daudet, sabroso, truculento, violento, divertido, lleno de ironía que desataba la risa y quedaba en la memoria; tenía el artículo diario de Charles Maurras, sentencioso, grave, doctrinario y friamente implacable; tenía el artículo diario de Jacques Bainville, que escribía tan bien como Voltaire".

"El lector habitual de L'Action Française tenía respuesta para todo y nunca se le ocurriría verificar el fundamento de lo que el periódico le enseñaba con tanta firmeza dogmática y tanto talento literario (...) Ningún periódico practicó nunca la difamación, la mentira, la ficción coherente y la injuria con una constancia más imperturbable de lo que lo hizo L'Action Française. El lector tragaba

todo con una perfecta disciplina. La credulidad de los lectores de *L'Action Française* era fabulosa..." Lo que hace comentar a Corçao: "Está claro que en el momento en que Yves Simon escribía esas líneas no le pasó por la mente, ni por un instante, que Jacques Maritain permaneció en ese estado de "fabulosa credulidad" durante quince años. Tampoco se acordó de los nombres de otros ilustres lectores de la A. F., el P. Clérissac, el P. Garrigou-Lagrange, el cardenal Billot, Pío X y otros menores".

Y continúa Yves Simon: "Al lado de los insumisos y de aquellos que sólo se sometieron aparentemente, hubo los que se sometieron enteramente y que en recompensa de la sumisión recibieron la gracia de una maravillosa purificación interior. Conocí a muchos de esos. Antes de la intervención del Santo Padre nunca habían sospechado que pudiera existir algo pernicioso en la A. F. Con un candor de novicios aceptaban todas las mañanas, durante algunos años, las historias fantásticas, las calumnias, los razonamientos sofistas con que el diario solía regalar a los lectores".

Decididamente Maritain no sale bien parado en la defensa. El gran filósofo no se apercibe de los sofismas con que durante "algunos años" —nada menos que quince— "*L'Action Française*" le obsesquiaba todos los días. ¿No sería que tales sofismas no existían? ¿Dónde queda, en otro caso, la inteligencia del filósofo? El filósofo contaba cuando la condena cuarenta y cinco años. A esa edad, y en una personalidad como la suya, no cabe hablar de candores de novicio. Pero es que la sumisión de Maritain no fue tan simple como se nos pretende hacer creer. En 1926, cuando ya la crisis había estallado, Jacques Maritain se vuelca en defensa de Maurras con "*Une opinion sur Charles Maurras et le devoir des catholiques*". No gusta, naturalmente, en Roma su obra y publica entonces, una segunda, "*Primauté du Spirituel*" (Plon 1927), en la que la Acción Francesa es objeto de moderadas censuras. Pero se le exige más. Y se publica, por P. Doncoeur, V. Bernardot, E. Lajeunie, D. Lallement, F. X. Maquart y Jacques Maritain, en Editions Spes, "*Pourquoi Rome a Parlé*", en la que la ruptura con Maurras es ya total. A esta obra respondió Maurice Pujo con su libro "*Comment Rome est trompé*" (Fayard).

No ha habido, pues, en todo este "tenebroso affaire" —volvemos

a recoger el duro y expresivo calificativo de Corção— ni candores de novicio, ni confianzas engañosas, ni desconocimientos de un filósofo absorbido por la metafísica y despreocupado de las realidades temporales. Sino unas presiones que sólo fructificaron al tercer intento en "Pourquoi Rome a parlé". Y a partir de este momento, en el que —como dijo Pujo— Roma se ha equivocado, el Vaticano pierde el control del catolicismo francés hasta extremos inconcebibles. La preocupación que Pío XI expresaba a las carmelitas de Lisieux estaba verdaderamente justificada.

Dos fueron las consecuencias inmediatas de la condena. Por un lado se deshizo en gran parte el movimiento político, pero también profundamente católico, de la Acción Francesa. Y el catolicismo de los maurrasianos era profundamente romano. De otro lado tomó impulso un catolicismo, también político pero de signo izquierdista, que antes estaba apabullado por el ímpetu y el prestigio de la Acción Francesa. Y la figura principal de este catolicismo fue precisamente una persona que llegó a él obligada por la Iglesia y sin el menor deseo. Pero que una vez allí, perdidas sus antiguas conexiones, se convirtió en cabeza de fila, por su prestigio y por su indudable talento, del nuevo movimiento progresista. Fue Jacques Maritain. Cierto que su sólida formación filosófica y teológica le impidió desbarrar en materia de fe. Pero sus discípulos dieron los pasos que el maestro no había dado. Por eso el lamento tardío de "Le paysan de la Garonne" pudo ser replicado desde las filas progresistas con una contestación irreprochable: "No hemos hecho más que desarrollar lo que de ti habíamos aprendido".

Roma había pensado que con la condena los católicos abandonarían la tutela de Maurras y se limitarían a seguir exclusivamente al Vaticano. No porque la fidelidad a la Acción Francesa supusiese una actitud crítica hacia Roma, que no lo suponía en modo alguno, sino porque se ahorra de ese modo la persona interpuesta que era, además, un laico agnóstico. Y comprometido en una política concreta. Pero la Iglesia, cuando se inmiscuye en política, no tiene la garantía del Espíritu Santo y en esta ocasión, como en tantas otras, se equivocó en sus suposiciones.

III. MARITAIN Y LA GUERRA DE ESPAÑA.

En 1932 se funda la revista "Esprit". La vinculación de Maritain a la misma evidencia la constatación de Corção: "En contraste con su gran capacidad para la especulación abstracta, Maritain evidencia un congénita debilidad frente a las constelaciones singulares de cosas y personas concretas". Y así como se había entregado al P. Clérissac y a Charles Maurras, que le convirtieron de incrédulo y socialista en ferviente católico y monárquico, Maritain se ciega ahora con Emmanuel Mounier y recibe todas las influencias de los condenados "Le Sillon" y Lamennais. Y comienza la más turbia trayectoria del insigne filósofo.

En 1935 aparece la revista "Vendredi" dirigida por Jean Geheno y André Chamson. En ella colaboran destacados personajes de la extrema izquierda francesa. Y al lado de los nombres de Julien Benda, de Jean Cassou y de André Gide aparece el de Jacques Maritain en la lista de colaboradores. Una de las tesis que sirvieron de pretexto para condenar a la Acción Francesa no es ahora obstáculo para la integración en "Vendredi". Pero el agnosticismo de Maurras era solo un problema personal, estando "L'Action Française" volcada en defensa del catolicismo, mientras que el de los fundadores de "Vendredi" era de absoluta militancia anticatólica.

Estando así las cosas se produce en España el Alzamiento de 1936. El sistemático exterminio de todo lo religioso en la zona roja es pronto conocido. Ocho mil asesinatos de obispos, sacerdotes y religiosos no son fáciles de ocultar. Pero si aún pudieran haber dudas, el 14 de septiembre de 1936, el Papa Pío XI se pronuncia solemnemente ante una peregrinación de españoles a Castelgandolfo, presidida por los obispos de Urgel, Vich, Tortosa y Cartagena. Las palabras del Papa no pueden ser más expresivas:

"Vuestra presencia, queridísimos hijos, prófugos de vuestra y Nuestra querida y muy atribulada España, suscita en Nuestro corazón multitud de sentimientos tan contrastantes y opuestos que es absolutamente imposible darles adecuada y simultánea expresión. Deberíamos, al mismo tiempo, llorar por el íntimo y amarguísimo dolor que

nos aflige, y deberíamos regocijarnos por la dulce y desbordante alegría que Nos consuela y entusiasma”.

Y el Papa añade, recordando los sufrimientos que se viven en España por aquellos terribles días:

“Todo esto es un alarde de virtudes cristianas y sacerdotales, de heroísmos y martirios; verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra.”

No cabe ignorar ya de que lado está la causa de Dios. Pero el Sumo Pontífice va más lejos todavía. No hay sólo unos católicos que sufren martirio por Dios. Está también un ejército en armas que se reclama vengador de la sangre de los mártires. Y de él dice el Papa expresamente:

“Sobre toda consideración política y mundana Nuestra bendición se dirige de manera especial a cuantos han asumido la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión.”

Pío XI comienza a sentir las consecuencias de la condena de la Acción Francesa. La revista “Esprit” en su número del 1 de enero de 1937 —las palabras antes citadas del Papa son de septiembre de 1936— ataca a “los mercenarios de Franco” y expresa su total simpatía por el bando de los fusilamientos de sacerdotes:

“Nosotros, que tenemos hambre y sed de justicia y que pasamos la vida denunciando los abusos del capitalismo, expresamos toda nuestra simpatía a los que defienden, no odiosos privilegios, ni lujos superfluos ..., sino simplemente la posibilidad de una vida dignamente humana.”

¿Cabe más divergencia con el pensamiento y con las palabras del Papa? Lo que para éste es un verdadero martirio para Mounier no pasa de algunos “actos *reprensibles* en esos momentos de revolución”. Y que naturalmente no son capaces de desviar su profunda simpatía hacia quienes los cometen.

La guerra española no fue más que el contraste que señaló definitivamente el escándalo. Porque el espíritu venía desde más lejos. Ya el 25 de abril de 1931, el demócrata cristiano Gay, que después fundaría “L’Aube”, se había congratulado del advenimiento de la República recomendando a los católicos su apoyo al nuevo régimen.

Y el 13 de mayo del mismo año se encontraban en "La Croix" estos significativos titulares: "El populacho de Madrid ha incendiado diez conventos. GUARDEMONOS SIN EMBARGO DE LOS JUICIOS PRECIPITADOS".

En "L'Aube" aparecerán en 1933 artículos abiertamente favorables al sistema soviético, firmados por Maurice Laudrin, colaborador asiduo de "Populaire" y director de la revista comunista "Terre Nouvelle".

El 22 de mayo de 1939, "L'Osservatore Romano" se verá obligado a publicar la siguiente advertencia: "No podemos ocultar nuestra sorpresa al ver, en un diario inspirado por principios católicos, a un colaborador de periódicos socialistas expresar, sin ninguna reserva, sus simpatías por la República Soviética como elemento de "civilización mundial", en un momento en que ese régimen emprende la guerra más clara y tenaz contra cualquier idea religiosa o moral y en el que la Santa Sede, firme y dolorosamente, denuncia al mundo civilizado los abusos del bolchevismo".

Roto el dique de la Acción Francesa las aguas se desatan. El 8 de enero de 1937 la revista "Sept", de los dominicos, se pone al lado de "Esprit" en sus ataques a la España Nacional. Como señala Gustavo Corção, en 1930 fue el mismo Pío XI el que indicó al P. Bernadot la conveniencia de fundar un semanario que fuese para el lector común lo que "Vie Intellectuelle" era para los espíritus más cultivados. Y añade el escritor brasileño: "Todo parece indicar que "Sept" habría nacido en la mente del Papa, para llenar la laguna formada por la prohibición de la Acción Francesa". En 1937 moría la revista también por indicaciones vaticanas. Sus ataques a la España nacional habían colmado la paciencia del Papa que ya había publicado su magna Encíclica "Divini Redemptoris" contra el comunismo. Como señaló acertadamente la "Revue Catholique des Idées et des Faits", del 24 de septiembre de 1937, "«Sept» murió de gripe española".

Pero volvamos a Maritain. A las claras palabras de Pío XI en septiembre de 1936 sucedió la "Divini Redemptoris" en 1937. Poco después de su publicación Maritain firmaba, con François Mauriac y Georges Bidault, entre otros, un manifiesto a favor de los vascos que combatían contra el ejército nacional. Y el 1 de julio, fecha en la que

los obispos españoles hacían pública su famosa carta colectiva, escribía Maritain en "La Nouvelle Revue Française": "Aquellos que matan a los pobres, al pueblo de Cristo, en nombre de la Religión, son tan culpables como los que matan a los curas por odio a la Religión". O lo que es lo mismo: El ejército nacional, que mataba a los soldados del ejército republicano —pobres, pueblo de Cristo para Maritain— es tan culpable como algunos asesinos que, accidentalmente, se encuentran en el bando republicano y que por odio a la religión matan a los sacerdotes. Los campesinos navarros y castellanos, que abandonaron sus miserables aldeas para enrolarse como voluntarios en el ejército nacional eran, sin duda, capitalistas a los ojos del ilustre filósofo.

No son estas las únicas actuaciones de Maritain. Suprimida "Sept" por Roma, colabora decididamente en la fundación de "Temps Présent" sucesora de "Sept" no sólo en la ideología sino incluso en los redactores. Joseph Folliet, ex-secretario de redacción de "Sept" es el nuevo secretario de redacción de "Temps Présent". Y los principales colaboradores son François Mauriac, Louis Gillet, Jacques Maritain, Daniel Rops y Jacques Madaule. Solamente se nota un cambio táctico para impedir una nueva clausura por Roma. Los dominicos ya no tienen la dirección de la revista. Está ahora en manos de laicos.

Ante todos estos hechos resulta increíble que Maritain haya abandonado la Acción Francesa por obediencia al Papa. O se demuestra meridianamente que la mejor escuela de obediencia era para Maritain la Acción Francesa. Una vez abandonada, la voz del Papa ya no le dice nada.

Como señala Gustavo Corção, a juzgar por las revistas católicas francesas en 1937 la voz del Papa, que acababa de publicar su Encíclica contra el comunismo, no llegó a París. Pero sí había llegado. Fue oída por un sordo, encarcelado por el Gobierno, castigado por el Papa, señalado como pagano, ateo y peligroso para los intereses de la Iglesia y de la Patria. Fue oída por Charles Maurras. Y Harvard de la Montagne cuenta en su libro "Chemins de Rome et de France" una anécdota reveladora que recoge Albert Marty.

El cardenal Lauri, Penitenciario entonces, leía los artículos de la prensa francesa que su secretario monseñor Hérissé le pasaba. Ante

los de los periódicos liberales y demócratas murmuraba el cardenal —“Detestables”—.Y entonces le pasaba el secretario artículos de Harvard de la Montagne y de Maurras: —“este si que es excelente”, comentaba el cardenal.

“¡Ay Eminencia! —decía Monseñor Hérisse—, lo malo es que los buenos son de un periódico condenado, y los que juzgais detestables son de autores que se jactan de tener la confianza de la Santa Sede.”

El cardenal Lauri llegó a confesar a Harvard de la Montagne:

“Estoy resuelto, si el *affaire* (de la Acción Francesa) no se arregla, a pedir al futuro Papa (acababa de morir Pío XI), que me descargue de la Penitenciaría. No puedo, en conciencia, asumir la responsabilidad de las sanciones”. Al poco tiempo Pío XII levantaba la condena, pero el daño era ya irreparable.

No vamos a seguir la trayectoria de Maritain. Quien quiera profundizar en el tema puede consultar el magnífico libro de Leopoldo Eulogio Palacios, “El mito de la nueva cristiandad” (Rialp, Madrid, 1953, 3.ª edición); los de Julio Meinvielle, “De Lamennais a Maritain” y “Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana” (Edición Nuestro Tiempo, Buenos Aires, 1945 y 1948); el del jesuita Antonio Fernández, “Jacques Maritain, As sombras de sua obra” (Pernambuco 1941) y los artículos del también jesuita P. Messineo en la “Civiltá Católica”, de los días 3 de marzo, 5 de mayo, 2 de junio y 7 de julio de 1956.

También hay que destacar el número de VERBO (78-79, de octubre y noviembre de 1969), publicado con motivo de la aparición de “Le paysan de la Garonne”, y que incluye los siguientes artículos: “En torno a la significación de Jacques Maritain”, de Eugenio Vegas; “El testimonio de un hijo del siglo sobre graves problemas de nuestro tiempo”, de Bernardo Monsegú CP; “Jacques Maritain y el neomodernismo”, de Louis Jugnet; “Maritain, Mounier y la continuación”, de Louis Salleron; “Maritain y Teilhard de Chardin”, de Rafael Gamba.

Es asimismo destacable el número que la gran revista “Itinéraires” (abril de 1967, núm. 112), dedicó a “Le paysan de la Garonne” con los siguientes artículos: “Le paysan et le ruminant”, de Jean Madiran;

“Qu'en pense Maritain?” y “Maritain et Maritain, anexe sur gauche et droite chez Maritain”, de Louis Salleron; “Propos meles de souvenirs sur la personne et l'oeuvre de M. Jacques Maritain”, del Abbe V. A. Berto; “La Garonne et le Danube”, de Henri Rambaud y “Le Testament de Maritain”, de R. Th. Calmel O. P.

Aunque una somera bibliografía de Maritain llevaría muchas páginas y tocaría además temas por completo ajenos a los de este trabajo si quiero señalar el libro de Gustavo Corção, “O seculo do nada”, al que tantas veces me he referido, y algunos artículos de interés y de fácil localización como “Origen y fundamento del poder”, de Eugenio Vegas (VERBO, mayo-junio-julio 1970, núm. 85-86); “Madurez de un laico. El último Maritain”, de Edmundo García Caffarena (“Universitas”, octubre 1967, núm. 2), aunque con Eugenio Vegas creo que no cabe hablar, como ya he dicho, de un último Maritain ideológico, y sí solo cronológico, cuando nos referimos a “Le paysan de la Garonne”; las palabras de Pablo VI con motivo de la muerte de Maritain, recogidas en *Ecclesia* (19-5-73, núm. 1.642); “Des bavures dans l'Eglise de France”, de André Giovanni (“Le monde et la Vie”, diciembre 1966); “Une certaine peine, del P. Congar” (“Le Montle”, 28-12-1966), en el que lamenta, en cierto modo, la aparición de “Le paysan de la Garonne”; “El campesino del Garona” de José Artigas (“Arriba”, 21-1-67); “Qué difícil es”, de Adolfo Muñoz Alonso (“Arriba”, 26-3-1967); “El último Maritain”, de Alfredo Roncuzzi (“Roca viva”, enero 1968, núm. 1); “El campesino del Garona repudiado por progresistas y tradicionalistas”, de Julio Meinvielle (“Roca viva”, agosto-septiembre, octubre y noviembre de 1968, núms. 8-9, 10 y 11); “El rostro de Dios”, por B. Monsegú (“ABC”, 20-2-67) y “¿Maritain heterodoxo?”, de Luis María Ansón (“ABC”).

Requiere mención especial el extraordinario artículo de Leopoldo Eulogio Palacios publicado en ABC el 26 de mayo de este año. En él, el ilustre filósofo, profundo conocedor de Maritain, confiesa: “Y hoy me invade el estupor cuando veo que unas tesis fragilísimas sobre las relaciones del Estado y la Iglesia o de la política y la religión, sacadas de libros como *Humanismo Integral*, *Los Derechos del Hombre* y *Cristianismo y Democracia*, tesis que ya andaban maltruchas por mis papeles con mucha anterioridad al Concilio, son

ahora poco menos que atribuidas al Espíritu Santo y presentadas por próceres insignes como verdades caídas del cielo.

“Entiéndaseme bien: la doctrina maritainiana es fragilísima desde el punto de vista católico, no desde el punto de vista liberal. Y ambos puntos de vista llevan a posiciones que no se pueden casar: sólo se pueden liar entre sí por un compromiso inestable, y ese compromiso es el lío postconciliar”.

Las consecuencias están claras para Leopoldo Eulogio Palacios: “Más de 20.000 sacerdotes han abandonado su ministerio. Otros van disfrazados de seglares. La tradicional misa latina ha sido babelizada y sometida después a podas e injertos de estilo protestante. Se cierran, faltos de alumnos, los seminarios. Yace descaecida la flor del ascetismo cristiano, decrece el sentido escatológico de la vida, y muchas veces parece que la Iglesia no tiene ya más misión que la de ponerse a arreglar este mundo”.

Es muy cierto que las más endebles teorías de Maritain son hoy norte y faro de algunas jerarquías religiosas. Pero cuando el norte no es fijo y el faro carece de luz, el naufragio es seguro. Y eso es lo que está pasando, aunque J. I., iniciales de un conocido sacerdote, español, pretenda desde un artículo que no merece ser citado, salvar lo insalvable. Las mismas iniciales y el mismo periódico habían corrido ya al quite de Díez Alegría en un artículo altamente elogioso para con el jesuita exclaustro. Y poco después era Hans Küng el favorecido con los fervores del clérigo periodista. Todo ello es consecuencia del desorden mental que Maritain introduce en la Iglesia y que no se sanará hasta que sus doctrinas sean definitivamente rechazadas.

IV. DE MARITAIN A MOUNIER.

Louis Salleron nos dice: “A los ochenta y cuatro años, Maritain realiza esa paradoja de la yuxtaposición de una fe inquebrantable y de una filosofía política en la que el comunismo que él repudia, halla todos los justificantes”. La fe de Maritain no le hizo caer en el marxismo. No ocurrió otro tanto con Mounier: “Mounier, prosigue Sa-

laron, en este aspecto (el de sus inclinaciones hacia el comunismo), hace pensar un poco en Sartre, el cual queda siempre fuera del "partido", toma en tal o cual circunstancia sus grandes distancias de él, pero insiste en dejar bien claro que en él está la salvación y la verdad, porque en él está la Historia en marcha". Y concluye el escritor francés: "¿Es verdad que aún ejerce una influencia sobre algunos ambientes? Me lo dicen. Me cuesta creerlo, porque ¿qué puede él darles? Hizo figura de innovador entre las dos guerras porque estableció una comunicación entre el marxismo y algunos círculos importantes de la "intelligentsia" católica. Pero hoy día en que el marxismo está por todas partes, Mounier debe parecerles a los jóvenes una "vieille lune". Sus audacias harían sonreír. Ya están muy "superadas". Y así es. La bibliografía sobre Mounier, abundantísima, es de una monotonía inaguantable. Leído uno cualquiera de los libros de sus hagiógrafos se han leído todos. Y sus posturas, explosivas en aquel entonces, tienen que parecer hoy a los sedicentes católicos marxistas incluso conservadoras. Pero a los trece años de la "Divini Redemptoris", en pleno Pontificado de Pío XII, su afirmación de que "nosotros continuamos en actitud de alerta para que no se rompa esa unión (con los comunistas) ya que el comunismo sigue controlando una buena parte del proletariado", hecha en vísperas de su muerte, mostraba una vez más, y demasiado escandalosamente, el error de la condena de la Acción Francesa.

Pero si la literatura favorable a Mounier es muy abundante, y en general de escaso valor (cfr., por ejemplo, el libro de Roberto Coll Vinent, "Mounier y el desorden establecido"), sí merece ser citado el libro de Manuel Zurdo Piorno CMF, "De Mounier a la teología de la violencia" (Madrid, 1969) que analiza lúcidamente los graves fallos del pensamiento del fundador del personalismo. También merecen ser leídas las páginas que Juan Vallet dedica a Mounier en su excelente trabajo "¿Cristianismo marxista?" (VERBO, agosto-septiembre-octubre 1972, núm. 107-108, recogido en "Datos y notas acerca del cambio de estructuras", Madrid, Speiro, 1972), así como el artículo de Zurdo en *Ecclesia* (30-8-69) titulado: "La verdad sobre Manuel Mounier", aunque si se lee su libro ya citado el artículo pierde interés.

En 1950 fallecían Marc Sangnier, León Blum y Emmanuel Mounier. Este último en vísperas de cumplir los cuarenta y cinco años. Gustavo Corção nos dice: "El P. Danielou, que pocas veces en la vida dejó pasar una buena ocasión para callarse, escribe (en "Etudes", mayo 1950): "en pocas ocasiones la muerte pareció tan desconcertante a los ojos de los hombres, porque Mounier parece dejarnos en el momento en que una generación necesitaba más de él". El P. Rouquette, en "Temoignege Chrétien" (marzo 1950) fue menos oscuro y soltó a los cuatro vientos su elogio fúnebre de Mounier: "Ese profeta de la 'contestación' cristiana, ese lúcido marxista que no se dejó ligar a los dogmas políticos...". 1950, el año de la "Humani Genensis". El catolicismo francés había tocado los límites mismos de la fronda.

Hasta entonces hay que señalar el movimiento "Jeunesse de l'Eglise", nacido en 1936 que guiado por el P. Montuclard va identificándose cada vez más con el marxismo. En 1953 es llevada al Índice la obra de Montuclard, "Les Evenements et la Foi" y poco después el P. Montuclard abandona los hábitos. Montuclard era dominico, el P. Chaillet, jesuita, funda en 1941 "Temoignage Chrétien". Poco después diría en ese semanario André Mandouze: "Les Comunistes? Je suis avec eux". El P. Godin, muerto a los 37 años en trágicas circunstancias, lanza su famoso "La France, pays de mission"? En esa línea se inscribiría la carta pastoral que el Cardenal Suhard publicaría poco tiempo después, "Essor ou declin de l'Eglise". En ella tienen cabida todos los tópicos del progresismo católico, naturalmente, tratándose de un cardenal, dentro de la ortodoxia. Ya en 1947 se hablaba de la crisis de crecimiento. Palabra que a partir de entonces llenará la boca de tantos obispos y cardenales que creían que pronunciaban una palabra mágica que abriría las puertas del futuro cuando cualquiera veía que no era más que una inmensa estupidez.

Y vino después "Economía y Humanismo", de los también dominicos Lebret y Desroches, este último pronto secularizado y convertido en comunista. Y la gran tragedia de los sacerdotes obreros que cuando Roma, con poderosas razones, decidió suspender la experiencia, dieron al mundo el escándalo de renegar de su sacerdocio. Estamos ya en 1953. La fuerza del catolicismo francés, para el bien

o para el mal, parece agotada. En el concilio aún jugó un papel importante, pero al lado de los Chenu, Congar, Lienart, etc., estaban ya los Schillebecks, Alfrink, Rahner, Küng... La teología de la muerte de Dios es de origen anglosajón y la más moderna de la liberación es producto iberoamericano, con raíces francesas, sin duda, pero trasplantadas ya a otro ambiente y a otra cultura. El catolicismo francés parece exhausto y las experiencias de, por ejemplo, un Besret apenas permiten la comparación con las de un Franzoni. Pero la semilla prendió en otros terrenos y la crisis de la Iglesia va en aumento. Y a lo lejos sigue estando, no como causa primera, pues el mal está en el hombre desde el pecado original, pero sí con toda la fuerza que realmente tuvo, la gran equivocación de la condena de la Acción Francesa. No cabe hacer conjeturas con hechos que pudieron ser de otra manera, pero que no fueron. Pero sí se puede sospechar, y con mucho fundamento, que de haberse mantenido el mejor catolicismo francés vinculado a Maurras y a su movimiento muchas lamentables desviaciones no se habrían producido.

El libro de Corção relata estos largos y cargados años, que en estas líneas hemos trazado a vuelapluma, con mucha más detención. Algunos capítulos los encontrará el lector cortos. Es inevitable. Cada uno de ellos podía dar origen a un extenso libro. Pero de su lectura se obtendrá una perspectiva imprescindible para entender muchas de las cosas que hoy están pasando.

Gustavo Corção nos da una inteligente interpretación del progresismo cuando dice: "Como los aviones a reacción el 'progresista' sólo se mueve 'hacia adelante', esto es, en la dirección a la que él da toda clase de eufemísticas denominaciones, a costa de la retropropulsión de su propia sustancia. No me cuesta demasiado trabajo imaginar la "Nueva Iglesia" de los progresistas en una vistosa y adornada aeronave que se dirige hacia el soñado Nuevo Mundo con una propulsión que procede de la enérgica expulsión de su carga. Expulsa el latín y gracias a ello avanza unos kilómetros; expulsa violentamente el gregoriano, y avanza otros tantos kilómetros; expulsa las imágenes, las sotanas, la tonsura, los signos de lo sagrado: nuevo avance; en una expulsión cada vez más rápida se deslustra del misal, del breviario, del celibato sacerdotal; acelerando el motor de retropropulsión

expulsa los dogmas, los mandamientos y las bienaventuranzas. Y así, cruzando la estratosfera como un bólido incandescente la aeronave llegará un día a Marte o a Venus, donde sus habitantes, estupefactos, verán que la enorme aeronave no trae nada ni a nadie, llega vacía, trae el vacío absoluto y absolutamente ecuménico”.

Así es lo que está ocurriendo. Y una de las primeras cosas arrojadas por la borda fue de manos de Paulino, Cardenal Andrieu, Arzobispo de Burdeos, en 1926. Ni el anciano cardenal ni el Romano Pontífice previeron las consecuencias. Y el segundo, hábilmente convencido, creyó sin duda que el bien de la Iglesia exigía la dolorosa medida. Hoy, tantos años después, vemos claramente que fue una equivocación.